

© David Estrada Larrañeta

Opiniones de un **hincha** bajo sospecha

Jorge Giraldo Ramírez

La manera más rápida y eficaz como alguien puede enterarse de lo que significa ser hincha de un equipo de fútbol, ir al estadio, padecer los revendedores, los vendedores, el mal juego, los malos arbitrajes y demás plagas, es leer la literatura sobre fútbol. Así que si queremos aprender algo debemos acudir a la narrativa que recoge la tradición de muchas décadas, en muchos países, en muchas culturas diferentes. De lejos, los mejores cuentos sobre fútbol los escribió el entrañable Roberto Fontanarrosa (están reunidos en un volumen de Ediciones de La Flor titulado *Puro fútbol*). El mejor libro de testimonios sobre lo que significa ser hincha se titula *Rey de corazones* y está lleno de firmas como Héctor Abad Faciolince, Darío Jaramillo Agudelo, Juan Manuel Roca, Darío Ruiz Gómez, León Valencia o Sergio Fajardo, con ser que faltaron Víctor Gaviria, Juan Luis Mejía u Horacio Arango (queda claro qué camiseta viste el espíritu de la ciudad de Medellín). Y la mejor novela sobre fútbol —aunque el autor dice que no es una novela— se llama *Fiebre en las gradas*.

Nick Hornby, el autor inglés de esta obra maravillosa, afirma dos cosas clave para entender todo este barullo sobre la con-

vivencia en el fútbol. La primera es que “el fútbol es un universo alternativo, tan serio y estresante como el trabajo, con las mismas preocupaciones, esperanzas y desilusiones, con las mismas alegrías ocasionales”. La segunda, y más importante, es que el fútbol es muy distinto al teatro, al circo o a los conciertos. El fútbol es la única actividad en la que el espectador paga por ir a sufrir. Ir a fútbol se trata de asistir a un “espectáculo en forma de dolor”; esto es, de pagar una boleta nunca barata para ir a descargar nuestras rabias y frustraciones y de vez en cuando, muy de vez en cuando, alegrarnos con los goles y las victorias. No hablemos de los campeonatos, que eso es otra cosa.

Entiéndase esto como una característica universal: uno va al estadio a sufrir. Acepto que los hinchas del Deportivo Independiente Medellín sufrimos más que todos, pero todos sufren. Los que viven del éxito sufren porque no se puede ganar todos los días, los que nunca ganan sufren por el descenso, los mediocres sufren por la dificultad para jugar bien, los hinchas de los equipos de mentiras sufren porque en el estadio espantan. La cosa se pone grave cuando, además de esta característica natural, el mundo entero se encarga de hacernos más difícil la



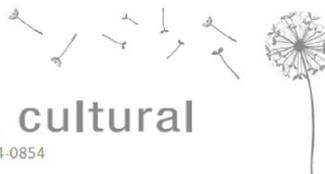
vida en el estadio. Por ejemplo: los directivos de los equipos decidieron entregarle la boletería a los revendedores y cada ida al estadio significa regularmente dejarse estafar; las autoridades decidieron prohibir la cerveza en el estadio, o sea que los sanos estamos castigados porque en los estadios no venden cerveza, pero sí aguardiente o marihuana; ocasionalmente, la policía nos quita los cinturones que tienen chapas metálicas o las pilas de los radios en algunas tribunas; y, también ocasionalmente, se prohíbe llevar banderas, papel picado o incluso las camisetas. Si de ñapa nos toca vivir espantados porque una pandilla de exaltados quiere armar disturbios en la tribuna, en las afueras o en la ruta, el asunto se torna más difícil. Esa es la vida del hincha. Y lo digo, porque el hincha verdadero es el que va al estadio. Los demás son los demás.

Y después nos hablan de violencia en los estadios. En Colombia, la vida futbolística es mínima, casi ridícula. La afición al fútbol es muy pequeña, hasta el punto que causa extrañeza ver un estadio lleno, cosa que es frecuente en México o Argentina. Excepto en la clase trabajadora, el fútbol es un tema más bien extraño, monopolizado por unos cuantos locutores con licencia para decir barbaridades cada día. En nuestro medio no existe lo que en el mundo futbolístico se llaman “clásicos”: el partido más tenso de nuestro campeonato se parece más a una primera comunión que a un River-Boca, un Central-Newells, un Sao Paulo-Corinthians, un Gremio-Inter. La burla, el comentario hiriente, el uso sagrado de los símbolos de los equipos, la membresía leal y fanática a las barras, la seriedad para no admitirle ninguna virtud al rival; es decir, lo que los argentinos llaman el “folclor”, es una cosa extraña en nuestro medio. He

hablado de fanatismo y sí. Como dice el poeta brasileño Thiago de Mello, el fútbol es la única actividad humana en la que el fanatismo es admisible.

En estas condiciones, hablar de violencia es hablar de un fenómeno marginal, pequeño en relación con la violencia que se vive en los países auténticamente futboleros, y, más pequeño aún, en comparación con la violencia que se vive en el resto de la sociedad. Para no ir muy lejos, la violencia en los estadios es incomparablemente menor a la que tres veces a la semana se vive en las discotecas, a la violencia cotidiana de las terminales de buses urbanos o de las callejuelas que circundan las zonas dedicadas a la prostitución o al expendio de drogas. Para decirlo claramente, la violencia en los estadios es un asunto de un puñado de adictos al motín que necesitan un ambiente en el que puedan medrar y para los cuales, según las lecciones aprendidas de las barras del sur del continente, las características de las tribunas dominicales resultan muy favorables.

Todo el mundo conoce a estos personajes y nadie actúa individualizándolos. Lo más sencillo es generalizar la estigmatización y castigar al hincha promedio con medidas de represión incómoda e irritante, que incluyen la prohibición de que llevemos los niños al estadio o que nos requisen no una vez sino dos, en partidos normales, y tres cuando se le ocurra a alguien. Es necesario trazar una línea divisoria entre el hincha normal y el alterador oportunista. En un partido regular de campeonato en el Atanasio Girardot se trata de aislar a treinta individuos para que los demás quince mil espectadores pasen tranquilamente una tarde o una noche ya de por sí angustiosa. Esto



© Julián Roldán

no es de tortugas ninja sino de inteligencia policial.

De esto se trata todo el problema. Ahora estamos empezando a escuchar algunos sofismas de distracción que me parecen irresponsables y peligrosos. Se dice en algunos medios que el problema no es la violencia en el estadio sino la violencia en la sociedad. Falso. Medellín es hoy una ciudad menos violenta que en cualquier momento de los últimos treinta años. Hace veinte años yo podía llevar a mis hijos pequeños a acompañar al Poderoso en un partido contra el otro equipo de patio. Hoy ese es el único partido al que no puedo ir, porque, a punta de intimidaciones, el estadio se ha convertido en un monótono monolito del color aquel. He dicho que esto es irresponsable porque es una manera de trasladarle el problema a la sociedad, que es una cosa abstracta, para eludir las pequeñas pero importantes tareas que deben realizar los clubes, los medios de comunicación, la Dimayor y la Comisión Arbitral, las alcaldías, la policía y las instituciones

educativas. También he dicho que es peligroso, porque si esa tesis prospera, los responsables de la actual violencia quedarán invisibilizados y justificados en sus desmanes.

Sería muy bonito que en Colombia alguna vez existiera una verdadera cultura futbolera: estadios llenos, hinchadas apasionadas y leales, fiebre deportiva en las calles y en los bares, intelectuales ocupándose del tema, periodistas más profesionales y autoridades más tolerantes y efectivas en la garantía de la actividad ciudadana. Hay que abordar el tema de la violencia, para que este futuro sea posible.

Jorge Giraldo Ramírez es doctor en Filosofía de la Universidad de Antioquia, profesor e investigador en la Universidad Eafit. Participó con este texto en el Primer Encuentro Nacional para la Seguridad y la Convivencia en el Fútbol Colombiano (Medellín, 6 y 7 de octubre del 2008). Disponible en línea: <https://app.box.com/shared/jud6pvst4m>.